



GUINOVART AHORA QUE CUMPLE MED

JOSE Guinovart, si no me traicionan mis propios cálculos, cumple cincuenta años en este 77 que vamos consumiéndolo. Y no por ningún afán conmemorativo de su medio siglo, sino porque sí, porque lleva dos o tres temporadas sin exponer en Madrid, porque de vez en cuando hay que rendirle cuentas al público de lo que se hace, aunque sea un público tan incondicional para el Guino como éste —y pocos artistas tendrán un público tan fiel como el que tiene Guinovart en Madrid—, en este momento tiene abierta una gran exposición en la galería grande de Juana Mordó, en la del número 7 de la calle Castelló. (Debe haber un acuerdo secreto de Juana Mordó con los números siete: La otra galería de Juana, la de

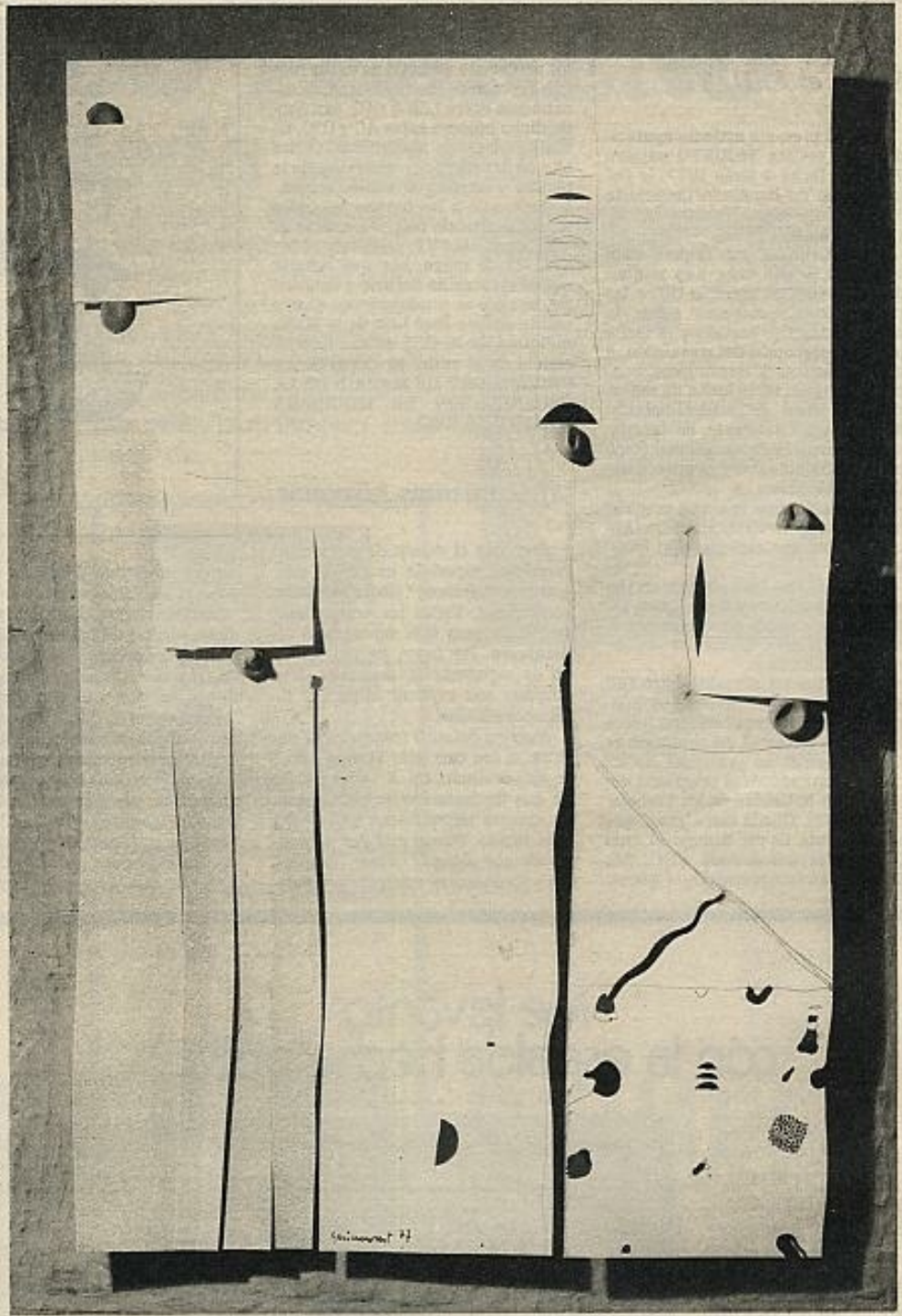
Villanueva, también está en el siete, el cual, dicho sea de paso, es un bello número).

Para los amantes de la novedad —de "lo novedoso"—, habría un hecho decepcionante en la gran exposición de Castelló, número 7: Esa exposición se parece demasiado a una exposición de Guinovart; es muy Guinovart y, casi me atrevería a decir más: es un Guinovart acentuado. Cuando cumple su medio siglo, parecería que lo que Guinovart tendría que decirnos es: Soy el que he sido. No tengo nada que rectificar; si acaso, tendría mucho que ampliar. Y es mucho lo que amplía ahí en esa exposición, pero dentro de un mismo sistema de enfrentamiento con la realidad que en él se inició hace... yo creo que no menos

de veinte años. ¡Enfrentamiento con la realidad! Todo arte verdadero lo es, independientemente de cualquier posible aceptación representativa... Pero en el caso concreto de Guinovart, ello tiene implicaciones más decisivas. Guinovart sabe que la realidad informa, como por vasos comunicantes, a su pintura. Pero lo sabe, es consciente de ello y aun lo provoca. En su acuerdo con la realidad hay hasta "premeditación y alevosía".

Hace algún tiempo dije de él —y debió ser en estas mismas páginas; no lo recuerdo— que es el pintor que siempre tiene que dar un rodeo por la vida antes de que sus expresiones se concreten en pintura, en su pintura. Y es verdad. Hoy, tras esa exposición que yo me empeño

en considerar cincuentenaria, donde tantas cosas se han podido rectificar y no se han rectificado, yo sigo pensando lo mismo. Su pintura, sí, es muy pintura —muy pocos artistas tienen un tan fuerte instinto de pintar—, pero antes de llegar a donde está, a la pintura propiamente dicha, ha pasado por "la vividura" de las cosas. ¿Se me permitiría aquí hacer una evocación, con todos los respetos y hasta con veneración, de aquella maravillosa mujer que fue Santa Teresa de Jesús. Dios estaba también, según ella, "entre los pucheros". Para Guinovart, teresiano a su manera, si no Dios mismo, el arte, que es criatura divina, está en todas partes. Basta situarlo, como tal arte, dentro del conjunto total de una obra... ¡¿Pe-



IO SIGLO

JOSE M.^a MORENO GALVAN

ro es que hay algo que no sea arte?", dijo una vez Picasso ante un manillar viejo de bicicleta que él supo transformar en una maravillosa cabeza táurica.)

Cierto: Guinovart es uno de los artistas que más han insistido —y que más insiste, como puede verse en esta exposición— en la agregación de objetos, más o menos fortuitos y no específicamente pictóricos, en sus cuadros: eso que llaman "un collage". Pero hay que comprender nítidamente su sentido, para no perdernos ante la obra de Guinovart. En casi todos los "collages" similares, las tales agregaciones tienen un sentido representativo; están allí cumpliendo con su deber de síntesis y de significación, que el pintor, normalmente, le asig-

na en estos casos. En la obra de Guinovart no es así: Guinovart no pretende sintetizar ni significar por medio de esos objetos agregados. Esos objetos son ni más ni menos que tales objetos. Luego, el cuadro total, la obra de conjunto, sí: es síntesis y significación de una realidad que es muy de nuestro tiempo.

Pero todo eso forma parte de una obra "pictórica". Porque, no lo olvidemos, Guinovart es muy profundamente y muy enérgicamente, un pintor. Quiero decir que todos los objetos que el artista agrega a sus obras, se dejan reducir, por la mano del artista, a la estricta legislación de la pintura. Todos los objetos agregados se identifican con la pintura ambiente como si todos ellos procedieran del mismo caba-

llete y del mismo músculo pictórico. Y es que Guinovart es, digo que muy enérgicamente, un pintor. Que tiene el instinto de la pintura.

Me faltaría decir, para fichar por completo a ese pintor de cincuenta años —de medio siglo ya—, que además de eso es un catalán. Lo es por algo más que por una cuestión de carnet de identidad. Lo es, en primer lugar, por patriotismo: por fidelidad a su patria catalana y por el sentido del deber que a ella lo liga. Pero, por referirme a algo concreto y, en apariencia, sin importancia, lo es por la sujeción a una disciplina profesional que es muy catalana, o que ha sido muy catalana en los últimos años. Es muy catalán por el sentido de los objetos: por la utilización de los objetos en

la pintura. Eso, que es una facultad universal, ha sido desarrollado magistralmente por los artistas catalanes. Los objetos, las cosas —"Qué quietas están las cosas, y qué bien se está con ellas..."—, que decía, y cito de memoria, como siempre, Juan Ramón—. Pues esa gente, los catalanes —Guinovart ahora, como Tàpies, como Rafols, como Viladecans, como el mismo Miró en ocasiones especiales— han sabido utilizar muy bien las cosas-objetos en función de pintura.

Pero ahora tenemos aquí a Guinovart. Saludemos a ese pintor, ahora que cumple —¿o lo ha cumplido ya?— su medio siglo, pues es un viejo amigo. Viejo sólo por lo de la amistad, que no por sus años, que tampoco son demasiados. ■